

PENTECOSTÉS

San Ignacio no pone contemplación propia de la venida del Espíritu Santo, contentándose con lo dicho en el primer punto de la contemplación de la Ascensión: “*mandóles que en Hierusalem esperasen el Espíritu Santo prometido*” (312).

Los Apóstoles necesitaban el Espíritu Santo. Lo manifiestan claramente sus defectos, su falta de luz espiritual, el temor de las adversidades humanas, el poco conocimiento del Reino de Dios – “*¿Es ahora cuando vas a instaurar el Reino?*”–, y hasta la gran imperfección de su amor a Jesucristo, como lo muestran, por ejemplo los celos de Pedro a Juan:

« En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. »
19 Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: « Sígueme. »
20 Pedro se vuelve y ve siguiéndoles detrás, al discípulo a quién Jesús amaba, que además durante la cena se había recostado en su pecho y le había dicho: « Señor, ¿quién es el que te va a entregar? »
21 Viéndole Pedro, dice a Jesús: « Señor, y éste, ¿qué? »
22 Jesús le respondió: « Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme. » Jn 21

También nosotros necesitamos la venida del Espíritu Santo a nuestras almas, para afianzar todo lo que hemos aprendido, para arrancar nuestras afecciones desordenadas, para poder cumplir con los propósitos y buscar en todo la Voluntad de Dios.

HISTORIA: la tomamos de los Hechos de los Apóstoles (1, 13-14; 2, 1-21). Según les había mandado Cristo, se reúnen en el Cenáculo junto con la Santísima Virgen a esperar la Venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

C.L.: Ver el Cenáculo (*estancia o habitación superior donde vivían...*), los discípulos en compañía de algunas mujeres, la Santísima Virgen en actitud de oración y de vigilia.

PETICIÓN: la misma para esta Cuarta Semana. Pidamos el Don de Dios, pidamos el Amor de Dios. “*Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor*”. Pidámoslo con confianza; cf. Lc 11, 13: “*Cuanto más el Padre Celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*”.

1. PREPARACIÓN PARA PENTECOSTÉS

La tenemos bien descrita en el texto sagrado: “*Todos ellos perseveraban unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos*”. Así estuvieron durante 10 días después de la Ascensión, hasta Pentecostés. La ocupación principal fue, pues, la oración, a veces en el Templo, otras veces en el Cenáculo.

Oración de contemplación, en primer lugar, pues, tres años de predicaciones y ejemplos del Maestro, cuarenta días de hablar con Él de lo concerniente al Reino de Dios de una manera más

elevada, habían dado a los Apóstoles y discípulos un cúmulo de verdades sobrenaturales que se mezclaban con sus pensamientos y preocupaciones humanas.

Cristo se fue, y, ¿qué tenían que hacer ellos? ¡Se fue sin restaurar el Reino de Israel! Era necesario, entonces, contemplar para purificar esos pensamientos. Nunca llevaron una vida de tan intensa oración, aunque habían visto a Nuestro Señor más de una vez pasar las noches enteras en oración.

Era necesaria la contemplación, especialmente para esta nueva vida que empezaban los Apóstoles luego de la Ascensión. Una vida de fe pura, sin la presencia visible del Maestro, sino dejándose guiar por el Maestro interior.

¡Cuánto tenían para contemplar! Lo que antes obraban los sentidos, lo ha de obrar la contemplación, porque la contemplación es la vista del alma; el alma que no contempla es un alma ciega. La contemplación nos da a nosotros, 2000 años después, la posibilidad de ver a Cristo con los ojos de la fe, para que se cumpla en nosotros esa última bienaventuranza: **“Bienaventurados los que no vieron y creyeron”**.

“Perseveraban en la oración”. La perseverancia es condición necesaria para la eficacia de la oración. **“Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto”**, había dicho Jesús (Lc 24, 49).

Y perseveraban **“unánimemente”**, es decir, con un mismo espíritu o con una sola alma. **“Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”**, les había dicho Jesús. Los que se unen a Dios por la oración, forzoso es que se unan entre sí, en Dios, como los sarmientos se unen a la Vid. Jesús rogó para que todos los cristianos sean uno, **“como Él y el Padre son uno”**.

Cuando se trata de hacer oración, María preside –María es Maestra de oración–, nadie como Ella para contemplar los misterios de su Hijo. ¡Cómo agradecería a Dios la oración ferviente de María, qué coloquios haría! Y la Virgen tenía, además, un papel preponderante en la Venida del Espíritu Santo, su Divino Esposo, habiendo dado a luz al Hijo, la cabeza, debía ahora dar a luz a los miembros, debía ser la Madre de la Iglesia, fecundada por el Espíritu Santo; pero, cuando se trata de un acto de gobierno –como la elección de Matías–, la Virgen se vuelve al rincón y toma la batuta Pedro.

2. LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Estando todos en oración reunidos en la gran sala, de repente todos oyeron un fuerte rumor, como si se iniciase un fuerte viento que llenaba toda la casa, y en particular el lugar en donde estaban reunidos. Simultáneamente vieron un gran globo de fuego que bajaba del cielo, y deteniéndose en medio se dividió en muchas llamas encendidas, como si fuesen lenguas de fuego, que fueron a posarse en sus cabezas, correspondiendo a cada uno la suya. Entonces todos se sintieron llenos del Espíritu Santo, con un impulso irresistible de hablar de las cosas divinas, y lo hacían hablando en toda clase de lenguas que antes jamás habían conocido.

A pesar de ser esta escena tan extraordinaria, ninguno de los allí reunidos, todos los cuales eran muy propensos al espanto, se atemorizó, ni se sorprendió, antes por el contrario, se sintieron todos colmados de alegría, que se comunicaban mutuamente.

Veían las cosas divinas con tal claridad como todo los demás: el mundo exterior, los proyectos de los hombres, la vida de los sentidos y pensamientos naturales. Análogo a como veían y entendían las cosas Adán y Eva antes del pecado original o lo que pasó a San Ignacio a orillas del Cardoner.

“... y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas... Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes”. Autobiografía

Veían en particular, de muy distinta manera la obra de la redención, comenzando por la persona de Cristo, siguiendo por su doctrina, enseñada de palabra y practicada con los ejemplos, y acabando con su obra, que es la restauración de la vida sobrenatural, la muerte del pecado, las fuentes de la gracia, en una palabra: el reino de Dios comenzado aquí en la tierra, y acabado y perpetuado eternamente en el cielo.

Todo lo veían de un modo nuevo...

La manera de juzgar del mundo muestra sin dudas la santidad de la persona

“El objeto de mi investigación no es lo sobrenatural, sino este mundo. Lo sobrenatural es la luz. No debemos atrevernos a hacer de ella un objeto; de lo contrario, la degradamos [...] No es por la forma en que un hombre habla de Dios, sino por la forma en que habla de las cosas terrenas, como se puede discernir mejor si su alma ha permanecido en el fuego del amor a Dios. Ahí no es posible ningún engaño. Hay falsas imitaciones del amor a Dios, pero no de la transformación que él realiza en el alma, porque la persona no puede tener ninguna idea de esta transformación más que si ella misma pasa por ella [...] Según la concepción de la vida humana expresada en los actos y las palabras de un hombre, sé (quiero decir que sabría, si tuviera discernimiento para ello) si ve esta vida desde un punto de vista situado en este mundo o desde lo alto del cielo. Por el contrario, cuando habla de Dios, no puedo discernir (aunque a veces sí puedo...) si habla desde dentro o desde fuera. [...] El Valor de una forma de vida religiosa, o más generalmente, de una forma de vida espiritual, se aprecia por la intensidad de la luz proyectada sobre las cosas de este mundo. [...] Las cosas carnales son el criterio de las cosas espirituales. Esto es lo que generalmente no queremos reconocer, porque tenemos miedo a un criterio. La virtud de una cosa cualquiera se manifiesta fuera de ella”. WEIL, SIMONE. *Escritos esenciales, op.cit. pp 132-134* (extraído de la GLADIUS 60, p. 110)

Sus **voluntades y sus afectos** también quedaron purificados y elevados, nada quedaba en ellos de aquellos temores y encogimientos que los convertían en miserables esclavos de las criaturas.

Sobre todo sentían perfectamente ordenado su amor, de suerte que ya podían amar y elegir lo que fuera más conforme con la voluntad de Dios.

Pero sentían además algo más excelso, que estaba en ellos, pero no se identificaba con ellos, era la persona del Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo sentían en sí a todas las personas de la Santísima Trinidad.

Entonces comprendieron aquellas palabras: **“Si alguno me amare..., vendremos a él y haremos nuestra mansión en él”** (Jn 14, 23).

La transformación salía al exterior por los efectos maravillosos de los carismas del Espíritu Santo. Este Espíritu los movía a hablar de cosas divinas. No eran ellos los que hablaban sino el Espíritu que estaba en ellos. Hablaban de la sabiduría de Dios en misterios. Sus palabras eran espíritu y vida, como lo es la palabra de Dios. Su lenguaje eran cánticos y salmos espirituales. No había allí confusión, como en las turbas humanas, porque el Espíritu Santo que los regía es el orden y la paz, y con paz y orden se hacía todo. Aquello era un preanuncio de lo que sería la vida eterna en el cielo.

Recordemos las palabras de san Pablo:

“A uno se les da el lenguaje de sabiduría por el Espíritu; a otro, lenguaje de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe en virtud del mismo espíritu, a otro carismas de curaciones en un mismo Espíritu, a otro operaciones de milagros; a otro profecía; a otro discernimiento de espíritus, a otro variedad de lenguas; a otro interpretación de lenguas. Mas todas estas cosas obra un solo y un mismo Espíritu, repartiendo en particular a cada uno según quiere” (I Cor 12,8-11).

Mas también experimentaron allí, otra promesa de Cristo, cual es la contradicción. Mientras unos se maravillaban llegando hasta la estupefacción, otros decían: **están llenos de mosto**. A los adversarios todavía quedaba un arma mundana y diabólica: la mentira y la calumnia.

Contra esta arma también los había prevenido Cristo y les había recomendado el gozo espiritual, porque la sufren por causa de Él y trae la esperanza del cielo.

El Apóstol no puede responder con el lenguaje descarado del mundo y del infierno, sino con la palabra de Dios, espada del Espíritu. Cuando convenga a la gloria de Dios, esta espada hará añicos a los enemigos. Pero cuando sea la hora de las tinieblas, el apóstol ha de pasar, como Jesucristo, por mentiroso y criminal.

Mas conviene que entendamos bien el milagro de la transformación apostólica, a pesar de los dones del Espíritu Santo, la vida de cada Apóstol fue, como dice San Pablo, la de un condenado a muerte.

No tienen número ni cuentas las tribulaciones que tuvieron que padecer, coronadas por el martirio. El Espíritu fortaleció su voluntad y su amor a fin de que pudiesen y quisiesen padecer por Jesús; pero de ningún modo les quito el trabajo y le dolor.

3. EL ESPÍRITU SANTO EN NUESTRA VIDA

El Concilio Vaticano II Revalorizó su presencia

Siguiendo la guía del Espíritu de la verdad y dando testimonio junto con él, el Concilio ha dado una especial *ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito*. En cierto modo, lo ha hecho nuevamente « presente » en nuestra difícil época. A la luz de esta convicción se comprende mejor la gran importancia de todas las iniciativas que miran a la realización del Vaticano II, de su magisterio y de su orientación pastoral y ecuménica. *Juan Pablo II, Dominum et vivificantem, 2*

En él se encuentra *la fuente y el principio de toda dádiva a las criaturas*. JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 34.

1- Es el también el **consolador**... y se nos da si cumplimos sus mandamientos

15 Si me amáis, guardaréis mis mandamientos;

16 y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre,

17 el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. Jn 14

2- *Es santificador... Realiza constantemente la redención*

La *Redención* es realizada totalmente por el Hijo, el Ungido, que ha venido y actuado con el poder del Espíritu Santo, ofreciéndose finalmente en sacrificio supremo sobre el madero de la Cruz. Y esta Redención, al mismo tiempo, es *realizada constantemente* en los corazones y en las conciencias humanas —en la historia del mundo— por el Espíritu Santo, que es el « otro Paráclito ». JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 24.

También para el apostolado...

En el momento culminante de la misión mesiánica de Jesús, el Espíritu Santo se hace presente en el misterio pascual *con toda su subjetividad divina*: como el que debe continuar la obra salvífica, basada en el sacrificio de la Cruz. Sin duda esta obra es encomendada por Jesús a los hombres: a los apóstoles y a la Iglesia. Sin embargo, en estos hombres y por medio de ellos, el Espíritu Santo sigue siendo el protagonista trascendente de la realización de esta obra en el espíritu del hombre y en la historia del mundo: el invisible y, a la vez, omnipresente Paráclito. El Espíritu que « sopla donde quiere ». ¹⁵⁹
Juan Pablo II, Dominum et vivificantem, n. 42

3- Se nos da en la medida que tomamos la Cruz... ***Viene si nos tomamos la cruz (Analogía con Cristo/Iglesia)***

« Pero si me voy, os le enviaré ». El Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la Cruz; vendrá no sólo *después*, sino *como causa* de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre. *Juan Pablo II, Dominum et vivificantem*, 8

El Espíritu santo y la fe...

No podemos decir que Cristo es Dios si Él no nos guía...

El Espíritu santo y la esperanza

Juan Pablo II, Dominum et vivificantem, 67 (conclusión) El Espíritu Santo no deja de ser *el custodio de la esperanza* en el corazón del hombre: la esperanza de todas las criaturas humanas y, especialmente, de aquellas que « poseen las primicias del Espíritu » y « esperan la redención de su cuerpo ».

El Espíritu santo y la felicidad...

La Iglesia con su corazón, que abarca todos los corazones humanos, pide al Espíritu Santo la felicidad que sólo en Dios tiene su realización plena: la alegría « que *nadie podrá quitar* », ²⁹⁶ la alegría que es *fruto del amor* y, por consiguiente, de Dios que es amor; pide « justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo » en el que, según San Pablo, consiste el Reino de Dios

« en virtud de los siete dones del Espíritu Santo todos los males han sido destruidos y todos los bienes han sido producidos ». ¹⁶² JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, n. 42

Fidelidad al Espíritu Santo

“que alguno haga la prueba, durante tres meses, de no rehusar absolutamente nada a Dios, y verá qué profundo cambio experimentará en su vida” Cf. MAHIEU, *Probatio caritatis* (Brujas 1948) p. 271. cit. ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, p. 216.

“en el Cielo se nos mostrarán todas las infidelidades a la gracia y vamos a temblar” MARCELO MORSELLA, Testimonio oral del p. Rbén Quisver; Soy capitán p39

- “Debemos obedecer sin vacilar un momento y sin resistir por ningún motivo, las voces interiores con que el Espíritu Santo mueve al alma” (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina*, 83.)

“nunca se insistirá bastante en la excepcional importancia y absoluta necesidad de la fidelidad a las inspiraciones el Espíritu Santo para avanzar en el camino de la perfección cristiana. En cierto sentido, es ésta el *problema fundamental* de la vida cristiana, ya que de esto depende el progreso incesante hasta llegar al a cumbre e la montaña de la perfección o el quedarse paralizados en sus mismas estribaciones. La preocupación *casi única* del alma ha de ser la de llegar a la más exquisita y constante fidelidad a la gracia.” ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, p. 211-212.

“Pero hay más todavía. En la economía ordinaria y normal de la gracia, la providencia de Dios tiene subordinadas las gracias posteriores que ha de conceder a un alma al buen uso de las anteriores. Una simple infidelidad a la gracia puede corta el rosario de las que Dios nos hubiera ido concediendo sucesivamente, ocasionándonos una pérdida irreparable” ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, p. 213.

Devoción a la Trinidad

“La Misa votiva de la Santísima Trinidad era celebrada con frecuencia por San Juan de la Cruz, ‘porque estoy firmemente persuadido -decía con gracia- que la Santísima trinidad es el santo más grande del cielo’” RM, TPC, 70

COLOQUIO

Tal vez no volvamos a ver nunca los efectos exteriores milagrosos que acompañaron aquel primer Pentocostés cristiano, porque entonces eran necesarios los carismas, y ahora no lo son, para que nuestra fe esté bien fundada.

Pero sí podemos recibir tan realmente como los Apóstoles, al Espíritu Santo.

Además lo necesito con necesidad imperiosa, para poner en práctica lo considerado en estos ejercicios.

Perseveraré, pues, en oración con María, la madre de Jesús, hasta que venga este Espíritu superior a confortarme.

Hablaré confiadamente con el Padre celestial, que envía el Espíritu Santo; con Jesucristo que también lo envía y nos lo ha prometido y con el Espíritu, que es enviado como santificador de mi alma.

De San Alfonso

Lo mismo, con palabras más claras, viene a decir san Bernardino de Siena: “Desde el momento en que la Virgen Madre concibió en su seno al Verbo de Dios, adquirió, por así decirlo, cierta jurisdicción sobre todos los dones del Espíritu Santo, de manera que ninguna criatura ha obtenido ni obtendrá ninguna gracia de Dios, sino conforme a la piadosa distribución que haga tal Madre”.

San Buenaventura, considerando las palabras de Isaías: “Saldrá un renuevo del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu del Señor” (Is 11, 1-2). Dice estas hermosas palabras: “El que desea conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en la vara. Por la vara, a la flor, y por la flor llegue a Dios”. El que desea adquirir la gracia del Espíritu Santo, que busque la flor en la vara, es decir, a Jesús en María, ya que por la vara llegamos a la flor y por la flor encontramos a Dios. Y añade más adelante: “Si quieres conseguir esa flor, inclina con las plegarias la rama que sostiene la flor”. Inclina a tu favor con la oración el tallo en que se encuentra la flor y la obtendrás. En el sermón de la Epifanía, dice el seráfico doctor comentando las palabras: “Encontraron al Niño con su Madre” (Mt 2, 11): “jamás se encontrará a Jesús sino con María y por medio de María. En vano lo busca quien no lo busca junto a María”. Decía san Ildefonso: “Yo quiero ser siervo del Hijo, y como no será siervo del Hijo quien no lo sea de la Madre, por eso ambiciono ser siervo de María”.